

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

ENTRADA TRIUNFANTE

—Prepárate, Sancho, saca brillo á las enmohecidas armas, pon borlones al rucio, ensilla y adorna vistosamente á Rocinante, y adorna, además, muy de fiesta tu persona, que hemos de ir á dar cumplimiento, con ruido y alborozo á un famoso y valiente caballero que de luengas tierras llega de conquistar nuevas insulas é imperios para España. No será menos á lo que dicen que Alejandro de Macedonia, Ciro de Persia ó Zolkiewski de Polonia, el cual, precedido de nobles polacos y lituanenses, en sesenta magníficas carrozas llegó á Cracovia, llevando ante Sigismundo III cautivos al czar de las Rusias y á los hermanos del czar, después de haber incendiado á Moscou y derrotado los poderosos ejércitos imperiales.

—¡Ay señor de mi ánima, qué triunfos ni qué calabazas, si está todavía la pelota en el tejado! Déjese de ruidos, quédese tranquilo en casa, no sean esos triunfos cosa tal como aquello del submarino, ó el cañonazo de Diaz Moreu, ó la epopeya del marqués de Cabriñana, y desconfíe de los papeles, que de los tales desconfío mucho, pues bien me acuerdo que cuando vuesa merced entró en Barcelona habían puesto en las espaldas de vuesa merced un papel, en el cual se leía: «Este es D. Quijote de la Mancha», y así no era milagroso que las gentes supieran quién era vuesa merced y lo aclamaran. Ni aquí hay Ciro, ni Zochisquis esos de que vuesa merced habla, que traigan carrozas con caballeros, ni zares cautivos, ni motivo para tal estrépito.

—¿Cómo no, Sancho amigo? Pienso que te engañas, como siempre, ó que la envidia te ciega; date prisa á tejer coronas y carga con ellas al rucio, que todas serán pocas. Muérame ahora mismo si no es aquella muchedumbre relumbrante el lucido cortejo que ha de acompañar al triunfador... Así es, y como lo digo... estos que aquí llegan, jóvenes imberbes, de rosadas mejillas y blondas cabelleras son los pajes, hijos de nobilísimas casas, y esas canciones que entonan y esas animosas músicas que hacen sonar con variados instrumentos son cantos é himnos guerreros. Aquel que allí ves en hermoso caballo blanco es el gran maestro de una famosa orden de valerosos caballeros que traen á España ricos tributos de lejanas insulas... Mira más allá á los de verdes mandiles, señores de Valdepeñas y de Yepes, Toro, Chinchón y otros reinos, hombres son de mucho espíritu, y ten presente, Sancho, que no hay guerra de la cual ellos no sean causa; acá de estotra parte veo en confuso remolino, otras gentes famosas... Por todos lados se alzan ricos estandartes, arcos, alfombran magníficos tapices el suelo... De todas las ventanas arrojan flores y palomas...; en verdad, que todo el mundo está lleno de grande entusiasmo.

—Señor, no hay tales órdenes... esos caballeros del tributo son apacibles tenderos de ultramarinos. Los en cueros vestidos son taberneros, los pajes son muchachos, moscas de las calles... y todo eso que cree ver y oír vuesa merced no es sino fábrica de su fantasía. Entiendo que aquí sabemos que no es difícil armar hoguera cogiendo los papeles, pajuelas y virutas de la calle... Sabemos que los triunfos suelen costar caro á los pueblos, y que si de tales bullanguerías resulta provecho, sólo será para los que rabian por volver á los tiempos en que el general

Mengano ó Zutano eran los amos... y, no digo más. —La envidia te ciega, Sancho, y así discurre como lo haría el mismo D. Antonio.

—¿Quiere vuesa merced que hable claro? Pues dígame que no hay motivo para tales vitores; que el general Polavieja no ha hecho sino lo que debía... y que aunque hubiera hecho más, para eso la patria lo paga, y que esas apotosis...

—Apoteosis dirás, Sancho, que no apotosis.

—Pues esas como se llamen, esos halagos y fiestas hechos con chicos y tenderos invitados antes para ello, esas alabanzas, voceríos y aclamaciones no son obra del pueblo, y para mí ¿sabe vuesa merced lo que son?

—Dílo, hombre, dílo.

—Pues son prueba de que hay muchos que desean agarrarse á las faldillas de un militar para subir á lo alto... Esta es mi sospecha, puede que me equivoque... En cuanto á nosotros, mi señor y amo, cumplimos con mandar á Polavieja esta tarjeta:

«D. Quijote de la Mancha, y Sancho Panza, su escudero, saludan á V. E. y le dan la enhorabuena por el acierto con que V. E. ha continuado, aunque no rematado la campaña, y le felicitarán aún más si V. E., acordándose de Peral, y de otras víctimas de las aclamaciones callejeras, piensa V. E. que el pueblo español quiere generales como V. E., pero no como los héroes portugueses ó los generales de las repúblicas sudamericanas.

Más vale la sencillez de Washington que las bullanguerías de Boulanger.»

POLAVIEJA

En este fin de siglo, inmoral é hipócrita, se adultera y se falsifica todo, hasta el entusiasmo.

Ahora, de orden superior, se ha mandado al pueblo que se regocije con motivo del regreso á la Península del general Polavieja, el héroe frustrado de Filipinas.

Por altas consideraciones de patriotismo hemos procurado evitar que apareciesen en estas columnas censuras más ó menos directas á los generales que pelean por España allá en nuestras apartadas colonias.

Pero nuestra prudencia tiene también sus límites, y no hemos de tolerar que se trate de engañar á la opinión haciéndola creer que el general Polavieja ha dado fin con su solo esfuerzo á la insurrección tagala.

Determinada parte de la prensa ha querido hacer del jefe del cuarto militar de la regente un héroe de la leyenda, digno de ser cantado por Homero.

Para esos periódicos, mal aconsejados, no hay otra figura militar en España sino la del general Polavieja.

El general Weyler—que, á pesar de lo que algunos periódicos digan en contrario, ha conseguido ya la casi pacificación de la isla de Cuba—es un fracasado; el héroe de Mindanao, el general Blanco, es un caso de senil impotencia; de modo que aquí en resumidas cuentas no hay otro general digno del aplauso de la opinión, sino el llamado «héroe» de Parañaque.

Este es el criterio defendido por esa prensa un día y otro con heroica tenacidad.

No, y no están en lo cierto esos periódicos al exaltar de tal modo la figura de ese hombre.

La insurrección tagala sigue pujante, y buena prueba

de ello son los telegramas del general Primo de Rivera dando cuenta al Gobierno de los combates que casi á diario tienen que sostener nuestros valientes soldados con las fuerzas rebeldes, dueñas aún de provincias enteras del archipiélago magallánico.

¿Qué interés se persigue al falsear la verdad y presentarnos al general Polavieja como un genio de la guerra?

¿Es que hace falta un dictador y el elegido para el desempeño de esa plaza es el jefe del cuarto militar de la regente?

Pues bien; ya está la opinión advertida de lo que se trata.

Y ahora dediquémonos todos á tejer coronas con que engalanar la frente del nuevo Narváez que se ha servido enviarnos la Providencia.

QUISICOSAS

—Concejal eras ayer y me dijiste, Javier, que no estabas satisfecho, y hoy quieres volverlo á ser.

—Del dicho al hecho hay gran trecho.

Siempre que elecciones hay me acuerdo, amigo Crisanto, de un drama de Echegaray.

—¿Cuál es?

—La peste de Otranto.

No me deja de extrañar... —Chico, ¿qué es lo que te extraña?

—Que haya tantos en España amigos de figurar.

—En todas las poblaciones, si es que indagarlo procuras, hallarás pocas figuras, pero muchos figurones.

Figurar es lo que priva; hoy cualquiera se ajiganta, y por eso se ve tanta figura decorativa.

—No puedo ver ni en pintura, esas figuras...

—Pues dí que esas figuras á tí te consumen la figura.

—¿Qué te sucede, mujer?

—Que estas botas he traído, y el caso es que mi marido no se las quiere poner.

Va con zapatillas rotas, y me dice el zascandil que hasta que no sea edil él no se pone las botas.

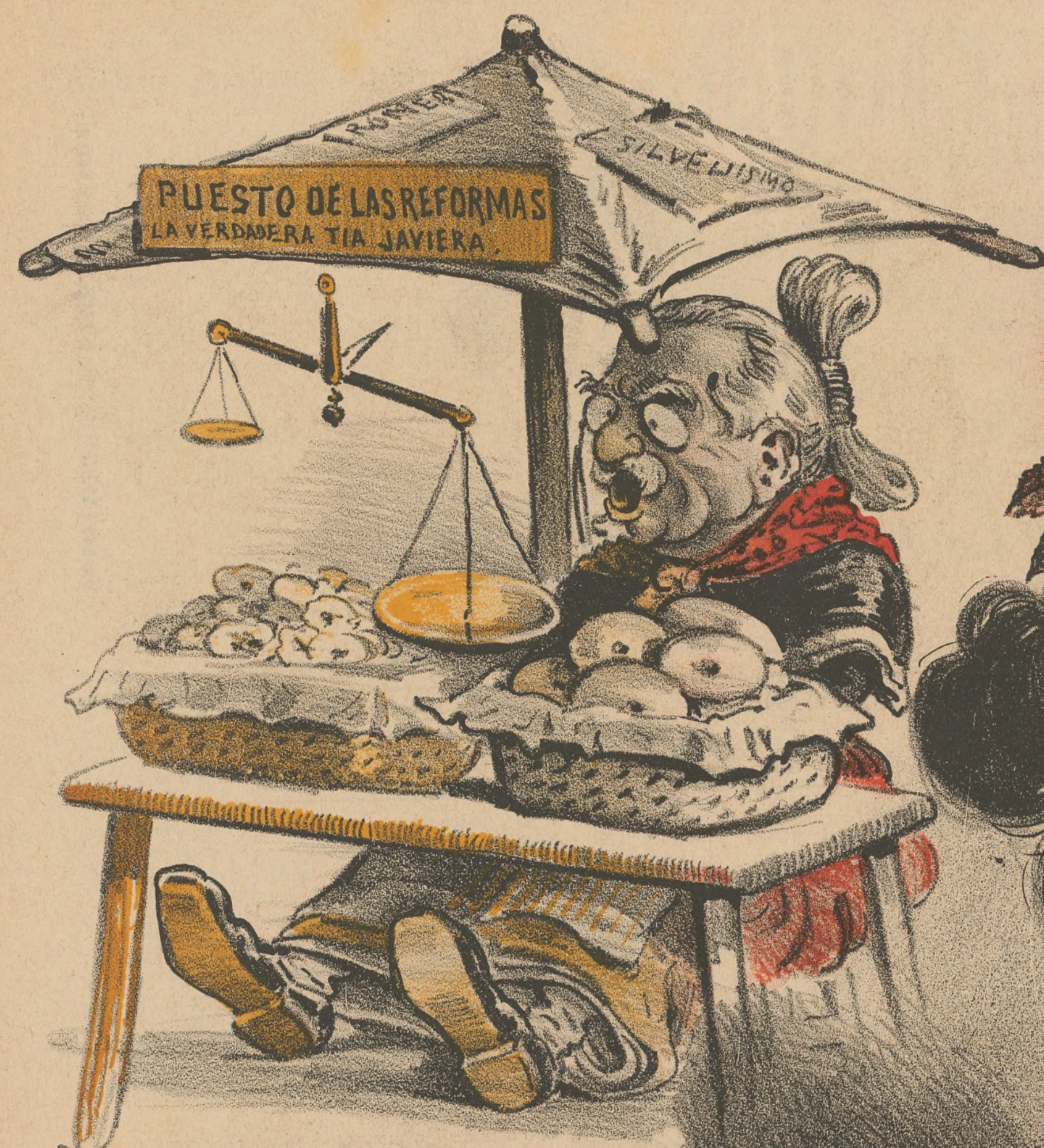
VICENTE RUBIO.

CANTARES

Al político comparo con la mujer charlatana; están siempre prometiendo, pero nunca cumplen nada.

Aunque una vez sola al año para el mundo es Carnaval tú llevas siempre careta y vistes de falsedad.

DON QUIJOTE



Un milagro del PATRÓN, convertirse en TIA JAVIERA, y que esta infeliz Nación piense que es la verdadera.



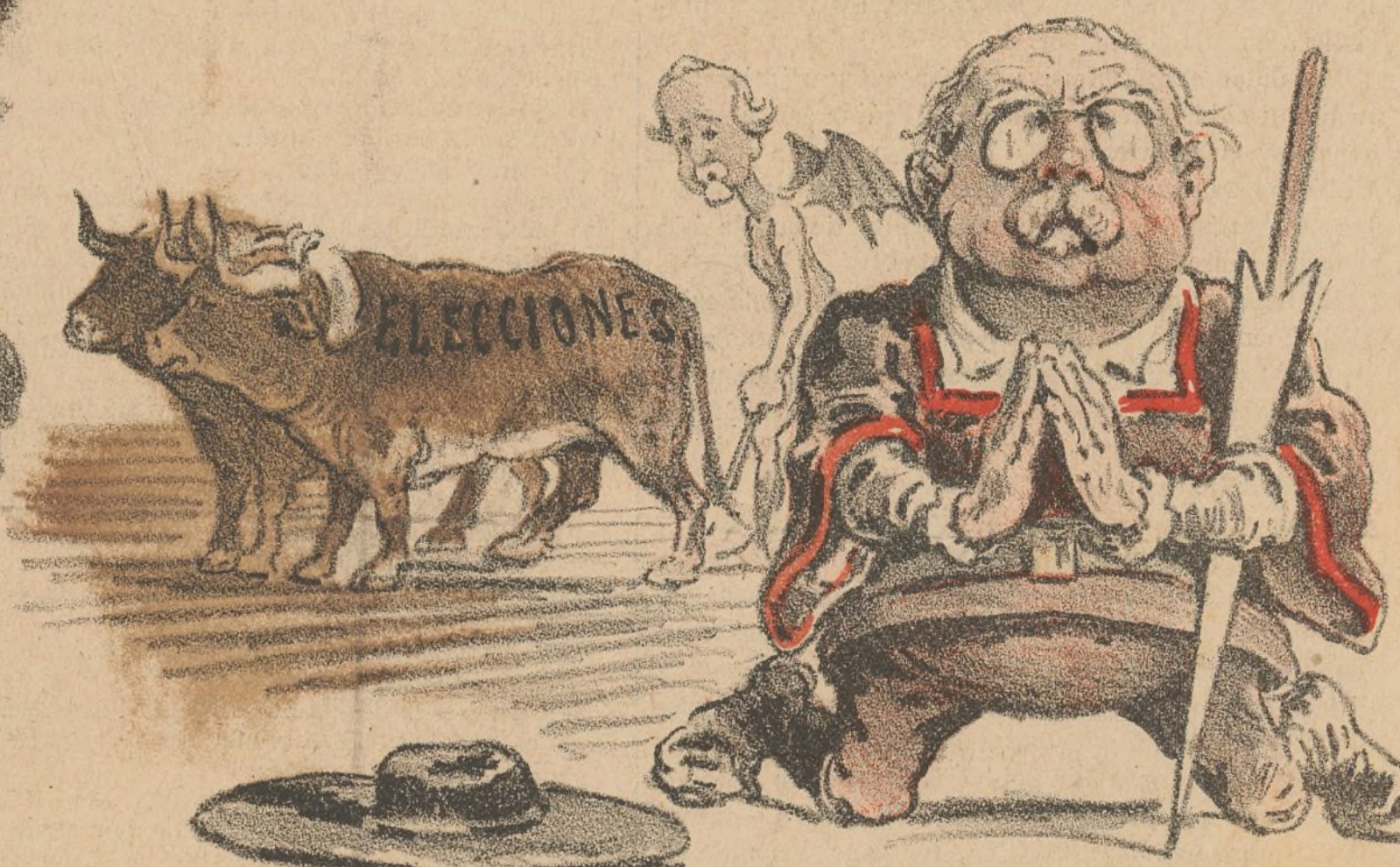
El milagro del sarto cuando era niño.



San Isidro Cánovas.
(Con música de pitos).



Otro milagro: ¡Manantial que no se agota!



A Dios rogando.



¡San Isidro Labrador, muerto le llevan en un serón!
(Cantar popular).

Lit. de la Vinta de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

En política los hombres
hacen lo que las mujeres;
ellos van donde dan más
y ellas con el que más tiene.

Tiene España, entre otras cosas,
que le envidia el extranjero,
las mujeres más hermosas
y el ejército más fiero.

JOSÉ YRUELA.

EL MAL ETERNO

Carlos V aseguraba que la fortuna, enamorada de la juventud, se presentaba esquivada con los viejos.

En estos días de desdichas inacabables, tiene angustiosa confirmación el dicho del invicto emperador.

Los dos ancianos que por culpas de todos, y para expiación de ellos, rigen los destinos de España, marchan de tropiezo en tropiezo. El solo nombre de esas dos trágicas senectudes, Cánovas y Sagasta, parece que tiene el mágico poder de crear artificialmente catástrofes, como se forma un producto en el laboratorio. Su misión es de destrucción, de aniquilamiento; más que hombres de Gobierno semejan obreros del mal. Con el orgullo por único motor de la voluntad, y la codicia interesada de amigos y contortulios, por guía, no es posible gobernar.

Pero la gente está ya sobre aviso, y sabe muy bien lo que puede esperar de los hombres de los partidos en turno. Ni en la Península ni en las provincias ultramarinas se cree ya en ellos, y esta desconfianza, mayor cada día, mantiene el descontento en el interior y quizás la guerra en Cuba y Filipinas. Podrá la pujanza heroica y resignada de nuestros soldados ahogar en sangre en una y otra región la protesta armada, pero mientras no se arranquen de cuajo las causas, los efectos persistirán en una u otra forma.

Moralidad administrativa y reformas económicas ha pedido y pide Cuba con tenacidad reñida con el cansancio, y en contestación a esta demanda le envía el Gobierno lo peor de cada casa para el desempeño de los cargos públicos, y entrega la fortuna de la isla a la voracidad insaciable de los agiotistas.

En baja progresiva está el nuevo billete; y esta calamidad, sumada a las que ya padece la isla, trueca su situación de difícil en imposible. La depreciación del papel constituye la miseria para todos, implica la rebaja brutal de sueldos y jornales y la carestía en igual proporción de todos los artículos, no ya sólo de los superfluos y de lujo, sino los de imperiosa necesidad.

Esto es, concretando el problema: a menor sueldo mayores gastos. Calamidad extensiva para todos—excepción hecha de los señores agiotistas—merma en igual proporción el haber del soldado, que el escaso y difícil jornal del obrero, arrebatada la ganancia menguada del industrial, imposibilita la gestión del comercio y arroja a la miseria a la población total de la isla.

Mientras esto sucede en Cuba, el ministro nominal de Ultramar marcha a Fortuna, quizás en demanda de la que en su departamento no encuentra, y Cánovas prepara, con su cómplice Sagasta, la comedia parlamentaria.

Y vamos viviendo.

EL DISCURSO DE DON PRAXEDES

Un salón tapizado de oro y azul.—En el fondo la mesa presidencial y debajo de ella Pablo Cruz.—Fusionistas de ambos sexos—es decir, moretistas y gamacistas—con trajes de día de fiesta y cara de satisfacción.—«Atardece».

DON PRAXEDES.—Señores: Declaro a ustedes, con la sinceridad que me caracteriza, que no sé qué decirles... Yo les hablaría de los problemas políticos de actualidad, pero... (se rasca la barba).

Háganse ustedes cargo de mi situación y comprendan que yo soy un mudo por compromiso... por el compromiso del Pardo.

¡Ah! Yo les aseguro que si no sellaran mis labios altas consideraciones de compadrazgo político, mi voz sonaría como el trueno para acusar a este Gobierno responsable de todos los males que afligen a la patria. (Aplausos.)

Yo les hablaría de las guerras de Cuba y de Filipinas, del estado ruinoso de nuestra Hacienda, de las inmundicias cometidas por el Gobierno en las últimas elecciones; yo les hablaría de todo esto y de algo más que me callo, pero... (Aplausos.)

Señores: No olvidemos el socorrido refrán: «hoy por tí, mañana por mí».

Además, yo tengo la seguridad, yo tengo la evidencia, yo tengo la certidumbre—que de estas tres maneras sé decirlo—que el Gobierno, si no está muerto, está a punto de morir, y no fuera cristiano amargar sus úl-

timos instantes emprendiendo contra él ruda campaña de oposición.

Así, pues, señores, yo me limito a aconsejaros que tengáis una poca de paciencia, porque la hora de que volvamos al poder está a punto de sonar, y los que están conmigo serán en el presupuesto, como dijo Cristo a sus apóstoles. (Grandes aplausos. El orador descende del estrado para recibir las felicitaciones de sus amigos. Allí, en la calle, se oye una voz que canta):

«Te tengo comparito
con el correo de Vélez,
que en cayendo cuatro gotas
se le mojan los papeles.»

CUENTOS MILITARES

El alojado.

Detrás de una reja, tapizada por verde y retorcida parra, y entre cuyas hojas se ve suspendida una jaula con su alegre jilguero, aparece el rostro de una niña preciosa, que cuenta ya sus dieciséis primaveras.

Oye a lo lejos ruido de trompetas, y con alegre sonrisa que asoma a sus labios, se vuelve a su madre, y dice:

—¡Madre! ¡Llega tropa al pueblo!... Tendremos alojado...

La madre baja la cabeza en señal de asentimiento, pero sus labios permanecen mudos.

Al poco rato desfila por la estrecha y tortuosa calle un escuadrón de caballería.

Todos los soldados, cubiertos de polvo, y con los rostros curtidos por el sol, miran a las ventanas de las casas para ver a las mozas.

Al llegar el escuadrón a la plaza del pueblo se oye el toque de alto.

Después... todas las casas del pueblo cuentan con su alojado correspondiente.

En aquella casita blanca, y a través de cuya reja hemos visto a aquella niña preciosa, todo es movimiento.

Hay que hacer la comida al alojado, hay que prepararle la mullida cama.

La joven no se da punto de reposo.

¡Y cómo la mira el militar!

¡Y cómo vigila la madre!

Pero lo que está de Dios... Las miradas del soldado han prendido fuego al tierno corazón de la niña.

Pasados algunos días, la joven ya no está alegre como otras veces, ya no canta, ya se olvida de cuidar al pobre jilguero, ya no riega las macetas que adornan la reja, y los verdes pámpanos de la parra piden agua a voz en grito.

Ya las noches se pasan en vela, y mientras la madre duerme, al parecer, los coloquios amorosos a la luz de la luna han comenzado.

Llegó la hora de las promesas de amor eterno, de los juramentos, de la felicidad.

¡Pero todo es pasajero en la vida!

Amanece un día triste. La nube oculta el sol y llueve a torrentes.

Las cornetas tocan llamada en la plaza del pueblo. El enemigo está cerca.

Y al poco rato desfila a galope por la estrecha y tortuosa calle del pueblo el escuadrón de caballería.

¡Adiós promesas de amor!

¡Adiós juramentos!

Allá, detrás de una reja, tapizada por verde y retorcida parra, y entre cuyas hojas se ve suspendida una jaula con su alegre jilguero, aparece el rostro de una niña preciosa, que enjuga con su pañuelo abrasadoras lágrimas, que resbalan perezosas por las mejillas, y que, volviéndose hacia su madre, la dice:

—¡Madre!... ¡Se va!... ¡Y con él se va mi vida!...

—¡Hija de mi alma! ¡Ten confianza en Dios! ¡Al volver!

Y en estrecho abrazo quedan confundidos aquellos dos seres, que sienten por igual su desgracia.

Pasó el triste invierno. Ya los campos vuelven a vestirse de verde, y ya el sol resplandece en el horizonte, y ya en el pueblo todo es alegría y todo vuelve a la vida.

Se oye a lo lejos ruido de cornetas.

Al poco rato desfila por la estrecha y tortuosa calle del pueblo un escuadrón de caballería.

El alojado vuelve, pero vuelve para no separarse más del objeto querido.

¡La guerra ha terminado!

Y entrando en aquella casita blanca, y abrazando a la adorada de su corazón, la enseña el santo escapulario que ella le dió al partir, y que le libró en la batalla del plomo enemigo.

El alojado ha vuelto, y un sacerdote bendice lo que ya Dios había bendecido desde el cielo.

MIGUEL DE PALACIOS.

LANZADAS

Las elecciones municipales se han celebrado en toda la Península con la mayor tranquilidad.

Un muerto en Linares, varios heridos en Bilbao, y pare usted de contar.

Unas elecciones vulgares, en fin, con sus indispensables víctimas y todo...

¡Eureka!

El Gobierno ha encontrado al fin dinero.

Y nada menos que doscientos millones.

Eso sí, la nueva operación nos saldrá por una friolera.

A modo de garantías ofrecemos las obligaciones de Aduanas—papel mojado, como si dijéramos!—y nos comprometemos a pagar el doce por ciento de intereses—¡una verdadera miseria!

De modo que encontramos perfectamente natural que el Sr. Navarro Reverter se permita decir:

—¡Así hago yo las cosas! ¡De balde y con dinero encima!

Cuando este número llegue a manos de nuestros lectores, el general Polavieja habrá ya posado su vencedora planta en la villa de Sánchez Toca y el madroño.

De modo que los Isídeos cuentan con un nuevo festo más.

La entrada triunfal de César en Madrid.

Ya el pucherazo eligió
los novísimos ediles.
¡Cielos! ¿Si entre ellos habrá
algunos Gálvez Holguines?

Los carlistas han acordado, por fin, no volver al Parlamento.

Lo sentimos por el Sr. Mella.

Porque condenarle a no hablar es condenarle a morir. ¡Ese hombre padece de una indigestión de palabras!

Al fin parece que las grandes potencias se deciden a intervenir en el conflicto turco griego.

Pero a condición de que las tropas helénicas evacúen inmediatamente la isla de Creta.

Y así terminará el conflicto como debía terminar.

Con una evacuación a tiempo.

El inclito Sagasta,
—¡Dios le bendiga!—
no quiere hablar en público
más de política.
¡Olé, Mateo;
viva el pacto del Pardo,
siga el jaleo!

A juzgar por lo que dicen ciertos periódicos, no hay otro hombre en España semejante al general Polavieja. Y lo malo será que el interesado se lo llegue a creer. Y se considere fenómeno a sí propio.

El expresidente del Consejo de ministros de Italia, Sr. Crispi, ha sido procesado por el delito de malversación de fondos públicos.

Estas cosas no ocurren más que fuera de España.

Porque aquí todos somos muy honrados.

¡Pero la capa no parece!

Según telegrama de Filipinas, nuestro valiente ejército se ha apoderado de Ternate.

¡Otra nueva victoria que ha podido ganar el general Polavieja!

Los silvelistas han sacado triunfantes en las elecciones de concejales nada menos que diez y siete candidatos.

¡Ah! ¿Pero hay diez y siete silvelistas en España?

Un periódico de la clase de *entusiastas* se ha permitido afirmar que la comisión nombrada en el Círculo de la Unión Mercantil, para recibir al general Polavieja, está compuesta de liberales, republicanos y silvelistas.

¡Perdón, querido colega!

Los republicanos no formamos parte de la Orden tercera.

El carlismo es un trágico sainete
en cuya absurda fábula,
lo cómico y lo grave confundidos,
risas y llanto arrancan.
Y esto no es lo peor, sino que temo
que, al fin de la jornada,
a muy contados tocarán las risas,
y a los demás las lágrimas.

Libros:

Se han publicado los cuadernos 8 al 12 de la interesante novela *Juana la obrera*, que edita la casa Bailly-Baillière é hijos.

Por ellos hemos visto confirmada nuestra opinión de que tan preciosa novela es una obra llena de interesantes episodios, cuya lectura recomendamos nuevamente a nuestros lectores.

Representante de «DON QUIJOTE» en Cuba, D. Emilio Adeodaty Gómez.

Villegas, 118, Habana.

Biblioteca de DON QUIJOTE

En prensa.

AMOR

POR

MIGUEL SAWA

Un tomo en 8.º francés de cerca de 200 páginas, con una artística cubierta dibujada por *Demócrito*.

Precio: DOS PESETAS

A nuestros suscriptores y corresponsales: Una peseta 50 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.